

Toribio de Luzuriaga.

PRIMER GRAN MARISCAL DEL PERU — SU VIDA Y SU OBRA

Toribio de Luzuriaga sufrió el primer gran dolor, el dolor de vivir, en la ciudad de Huaraz—o de Chiquián (1), que no se ha logrado precisar el hecho todavía—el año 1782, al nacer, el 16 de abril. Dolor tremendo de mestizo virreinal, que se sabía postergado por la sociedad y por la ley, a despecho del cartel nobiliario de sus antecesores españoles: gules, con cuatro castillos de oro, puestos en dos palos.

Vizcaíno, por el padre, huaracino, o chiquiano, por la madre, Luzuriaga trae el espíritu de señorilidad, de los vertientinos de Ancash; espíritu que iluminaba las vías de la cultura occidental de la época. Y, también, carga el fardo agobiante de la incapacidad subdital de la raza sometida. Y las dos sendas, que podrían abrirsele, al despertar su personalidad, eran los dos únicos caminos, socialmente dignos, pero, individualmente, anulantes y estériles: servir a Dios, dentro de las normas rígidas y frías de los cánones; o darse a las milicias, para defender al Señor de su padre y, a la vez, tirano de su tierra y de su madre.

(1) Los chiquianos, durante el gobierno de Leguía, consiguieron colocar una placa conmemorativa, en una casa de Chiquián, indicando el lugar del nacimiento del prócer.

Y su infancia y su niñez propician su desvalorización individual. Se le educa en la escuela de los dos mas infecundos rendimientos humanos: el amor, hasta el sacrificio, del soberano absoluto, y la devoción a la divinidad, hasta la clausura rotunda de la mente a toda verdad renovadora.

Y Luzuriaga desarrolla y crece, en ambiente aparente de sumisión y mansedumbre, bajo la férula del sub-delegado de la Intendencia de Trujillo, amo y señor de sus dominios, y ante el silencio doliente de los infelices mitayos de su pueblo, desilusionados ya, desde la muerte espantosa del gran caudillo de Tungasuca.

Empero, en el fondo, la hora en que Luzuriaga aparece, en la ciudad capitana de Ancash, es de profunda, aunque silente, inquietud renovadora. Inquietud aflorada, en todo el Perú, desde el arribo del terrible visitador Areche, en 1776; de aquel inconsciente sembrador de males, que anonada, primero, y subleva, después, la conciencia inicial peruana.

En los obrajes, en las minas, en las ciudades, villas y pueblos, en los pongajes de Huaraz, Huaylas, Caraz, Aija, Chiquián, Recuay, Huari, Cajatambo, Cajacay, Corongo; en todas las estribaciones del rico Callejón ancashino, las gentes han sentido, como necesidad invencible, el derecho de protesta, contra el refinamiento implacable del absurdo visitador real, que acrece los tributos y redobra, sin misericordia, los servicios personales del indio.

En el ambiente peruano de aquellos días, dos fenómenos trascendentes han puesto alarma en los explotadores absolutista, y despertado una tenue esperanza en los orientadores criollos y mestizos del Perú. En el Norte, los colonos europeos de los Estados Unidos, se enfrentan, por razones económicas, a los amos ingleses, logrando el primer triunfo

emancipador en el continente. Y en el sudeste peruano, como medida política de "*dividir para reinar*", se pretende la creación de un nuevo virreinato, el de La Plata, venciendo la protesta uniforme de todos los sectores productivos del Perú.

Después, por el año 1780, nosotros sabemos bien, cómo, el gran precursor sureño, cacique de Pampamarca, Suramama y Tungasuca, levanta su enseña rebelde, contra las autoridades impías, para caer fulminado por la tiranía, en la vieja capital indiana, tras sus padres, su esposa, sus hijos y sesenta mil de sus resueltos compañeros.

Y sabemos, también, que, en 1781, el Conde de Vista Florida, como intelectual avanzado, recoge la protesta indignada del país, por la crueldad espantosa de Areche, y advierte, al virrey, en actuación académica, en San Marcos, la infecundidad del crimen político, para sancionar la rebeldía de Condorcanqui.

Recordaremos, sin duda, que, por aquellos tiempos, el precursor chachapoyano, Toribio Rodríguez de Mendoza, rompía los moldes escolásticos, en el Instituto Carolino, iniciando la sublevación cultural del país, en el foco único de la adecuación y la eficacia: en la mente de la juventud.

Los peninsulares, comprensivos, de la época, muy pocos por cierto, descubren que los martillos, que derrumbarían la monarquía en América, se estaban forjando ya, en la conciencia de los orientadores de la cultura superior del continente. Pero, los políticos, que no saben de la potencialidad energética del pensamiento, creyeron ahogar los estímulos espirituales, por acción del terror. Sin sospechar que el sabio, el filósofo, el pensador, o el maestro, que descubre una forma renovadora de cultura, es una poderosa antena recojadora de la vibración inteligente universal; y que la onda

vibrátil sigue su curso, hacia la eternidad, incidiendo sobre todas las conciencias, hasta penetrar y adueñarse de la mente particular del hombre. Porque, la vibración de la cultura, que es impulso de evolución y de continuidad, es irresistible e indesplazable. Su potencia vibratoria es tan formidable que transforma todo lo que atraviesa, y encuentra, en la misma transformación que produce, la fuente de su propia renovación.

Luzuriaga, percibe, con verdadera intuición genial, en este ambiente de silencio social, preñado de tempestades interiores, el mismo problema biológico que siente planteado en su organismo. Por el padre, que le brinda la mejor instrucción religiosa de Huaraz, se sabe sujeto de derechos limitados; comprende que es una persona incorporada al acervo universal, por la ley, la moral y la cultura de sus días. Pero, al mismo tiempo, por su ascendencia materna, se descubre un tipo inferior, un mestizo, descalificado por la sociedad, desamparado y sin oriente. Y Luzuriaga debió someter, al laboratorio de su conciencia, el análisis prolijo de su realidad vital, para destacar el elemento predominante. Y, seguramente, encontró que el índice valorativo de su personalidad futura, debía buscarlo en su peruanidad. En aquella peruanidad, que siembran los *Amantes del País*, bajo el gobierno del Virrey Taboada, desde las columnas del Mercurio Peruano, a partir de 1791.

Luzuriaga debía saber que, si el vientre era decisivo en la calificación de la esclavitud, él era, por esencia peruano, ya que, el claustro ventral, que le nutriera, era simple prolongación de la tierra fecunda de su madre, sometida y es-

clavizada. Tierra generosa, cuyo amor proclamaron los maestros sanmarquinos, destacando sus valores superlativos, geográficos, mineralógicos y botánicos, al lado de dios y del rey.

La riqueza inmarcesible de Ancash y el panorama bellísimo del gran Callejón, que recorriera Luzuriaga, en su primera juventud, plantearon, a su mente inquieta, estímulos infinitos de superación. Las palabras exultantes del Mercurio Peruano, que él recogía con verdadera devoción al terruño, debieron hablarle el idioma fecundo de la liberación, y señalarle el amor a la patria, como un deber fundamental, derivado, biológicamente, de su efecto filial a la madre.

Y la conciencia del deber, en Luzuriaga, determinó su noble función patriótica en el continente. A los 15 años, presintiendo que su única protesta posible, debe traducirse en el abandono del hogar y del terruño, para servirlos desde lejos, cuando se arme caballero de la libertad, se viene al Callao, protegido por el Marqués de Avilés. Allí espera alistar sus alas de prócer, ampliando sus conocimientos y reforzando su modesta cultura. «Jorge Puccinelli Converso»

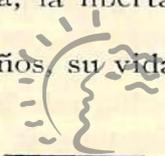
El cargo de amanuense, que desempeña en el puerto chalaco, en 1797, sirve al joven huaracino para acercarse a los tipos avanzados que propugnan, en secreto, las tesis humanas, afloradas en tierras de los galos. Y, comprendiendo que el control autoritario, en el Perú, en defensa de la mejor colonia española, dificulta la saturación del nuevo ideal, que ya le arrebató y subyuga a él, acepta complacido, en 1799, su traslado a la Capitanía chilena, como Secretario particular de su noble protector.

En plena juventud, Toribio de Luzuriaga es, ahora, un tipo extraordinario, que atrae y predispone a su favor. Es un mozo de belleza adónica, que halaga con la suavidad de

su voz, y sugestionada con la espontaneidad y dulzura de sus afectos. La simpatía, que irradia; su inteligencia despierta y acuciosa; su respetuosidad característica, y su belleza singular, imponen la admiración de sus compañeros y auspician el apoyo cariñoso de sus jefes. Es un predestinado del triunfo, a quien la vida dió su mejores dones, para hacerlo digno de poseer, como base del monumento que le levante la Historia de Huaraz, el coloso Huascarán.

El gran mestizo ancashino nació para la realización de grandes y nobles empresas. Estéticamente, apolíneo, como para que nada desafine en él; sus tonalidades mentales sintonizan con el bien, con la libertad y con la justicia. Luzuriaga, olímpicamente bello, tiene, como norma definitiva, el bien; como meta suprema, la libertad americana; y, como ideal inasible, la justicia.

A partir de los 19 años, su vida y su obra trasuntarán su rica personalidad.



Biblioteca de Letras

Jorge Pucicelli Convarán

Hasta Buenos Aires, modesta aldea capitana del tercer virreynato sudamericano, le alcanza, a Luzuriaga, en 1801, el efecto protector de Avilés, ya Virrey del Perú, hasta 1806. Allí se incorpora al Ejército Real, el 17 de junio, como Alférez de Caballería, y hace su brillante carrera de armas, sin olvidar nunca su amor de mestizo chiquiano o huaracino, al terruño pródigo, que le infundiera la noble ambición de ser el primero y el más grande de sus grandes hijos.

Luzuriaga, miliciano, se dirá por algún incomprensivo, se incorpora a los ejércitos reales y sirve al absolutismo, porque ha seguido carrera lucrativa, que goza de privilegios legales; y se ha sumado a los explotadores de su tierra, dando

prevalencia al complejo vizcaíno paterno, sobre el imperativo reivindicador de la madre. Por ello, tal vez, hasta hoy, ha permanecido incomprendido y olvidado el prócer ancashino, a despecho de su acción laboriosa y fecunda. Y, por ello, también, acrece sincero aplauso toda labor feliz del investigador, que brega por la exaltación justa del prócer.

Pero, no, Luzuriaga se ha hecho militar, porque tiene un propósito fundamental que cumplir. El espíritu resignado y paciente de la raza matriz, que él compulsara en su juventud de vertentista ancashino, está controlado, en su yó, por un conocimiento pleno de la realidad: la fuerza vigorosa, que impone el absolutismo en el continente americano, sólo puede ser supeditada por otra energía semejante, que debe adicionarse a la primera, mientras esté cerrado el camino para organizar la segunda. Cuando la hora llegue, los sumandos se tornarán sustraendos, y el resultado, no será ya un guarismo positivo, sino negativo.

¿Responde, entonces, el joven Luzuriaga, al tipo volitivo? ¿Cómo entender que un mestizo, conjunción de explotador y de vencido, sepa de la gran energía que es preciso crear, para obtener la culminación del ideal? No cabe sino una hipótesis para afirmar la voluntad evidente del prócer ancashino. Hipótesis que la historia debe aceptar, ya que sus términos enraizan, nítidamente, dentro de la realidad política y social de su época.

Luzuriaga debió sentir, en razón directa de su apostura olímpica, todo el peso de la humillación social al mestizo serrano. Debió sufrir la postergación y la afrenta en el Callao, al lado de los peninsulares auténticos, que le cerraban sus hogares. Pero, calificado, vertientista, en vez de resignarse, como sus hermanos de clase, y someterse a la absurda desigualdad de su hora, prefiere alejarse de la tierra hostil. Alejarse, no por la tierra misma, que es la patria esclavi-

zada; sino porque quiere armarse caballero, en regiones remotas, para volver, un día, portando el escudo de regeneración y libertad de su pueblo.

El alejamiento de Luzuriaga, hacia el sur, es una protesta; una forma particular de su gran protesta de mestizo serrano, — característica del tipo de las vertientes ancashinas — que rompe, de momento, con el medio adverso, fingiendo el olvido y la derrota, como el tercer Horacio de la vieja Roma, hasta que pueda tornar vencedor. Se diría que Luzuriaga se ha trazado un plan combativo; plan que no puede desarrollarse en el Perú, por exceso de control monarquista; pero que es preciso desenvolver afuera. Y el foco de su iniciación es la capital platense, donde el mestizo huaracino es un hermano del Perú, que busca, huyendo de sí mismo, la liberación de su patria.

Luzuriaga es, por ello, un hombre de voluntad comprobada. Comprobada en forma paladina, en su lucha contra los ingleses, en Buenos Aires, en 1806 y 1807, que le suministra los galones de Capitán. Acreditada, también, en 1810, participando en la famosa revolución de mayo, como comandante de artillería. Demostrada, plenamente, en 1813, ya como Director de la Academia Militar, ya cómo Ministro interino de Guerra, con el grado de Coronel.

El joven prócer ancashino es ya, probadamente, un patriota, y un patriota selecto, en las márgenes del Plata. La ciudad bonaerense, que ha sabido honrar a la juventud rebelde, borrando las fronteras sociales de la nobleza hidalga, incorpora a Luzuriaga entre sus mas notables defensores, y los grandes salones de las familias patricias liberales, se le abren con alborozo.

Su sueño imposible de mestizo, está tomando realidad. Su entrega a la santa causa patriota ha realizado el prodigio de elevarlo, en el consenso social, a la dignidad de persona.

Es ya un luchador por el magno ideal del continente, y nadie inquires sobre su cuna serrana, para valorizarlo. Y su mente se ilumina con la nueva verdad de su hora; el mérito radica, exclusivamente, en la acción personal. Acción personal, que debe estar sustentada por una conciencia recta, y dirigida hacia finalidad desinteresada y noble.

Luzuriaga no requiere ya mayores estímulos para perseverar en la senda limpia que habrá de traerle a su patria, 20 años después de su partida, con grados militares excelentes. Se incorpora al ejército de Belgrano, de Balcárce y de Castelli, para cerrar el camino del Alto Perú a las huestes virreinales, que parten de Lima, para ahogar la rebeldía del Sur. En la tremenda campaña alcanzará el generalato argentino, salvando la enseña liberal del Plata, frente a Puzuela, en el desastre patriota de Ayoyuna.

Observad que se le asciende a general, no obstante ser un vencido. Esto indica que no se trata de un premio, fácil de otorgar a los vencedores, por la fruición del triunfo; sino una recompensa justa al esfuerzo y a los desvelos sufridos en la acción.

No se ha valorizado aún, con la justeza que el acto merital requiere, la enorme responsabilidad de Luzuriaga, en la difícilísima, admirable y decisiva participación en el gobierno de Cuyo, desde 1816. Como se trata del rol más trascendente que cupo desempeñar a un peruano, y de la culminación misma del prócer ancashino, debemos ahondar el análisis de la situación dubitativa de las grandes mentalidades de la época, para destacar la acción inteligente y delicada del mestizo prócer.



Es evidente que, en el cerebro y en el corazón de Luzuriaga, estuvo, durante mucho tiempo, la suerte de la independencia americana. No cabe duda que Luzuriaga fué el arbitro insustituible de la emancipación del Perú. En su persona se concentró, mas de tres años, el gran problema Sanmartiniano de libertar a Chile y acabar con el potente foco de resistencia absolutista del Perú.

Veamos, en forma panorámica, cómo se mueve el prócer huaracino, en la gobernación cuyana, para aquilatar la inmensa deuda que América le tiene impaga todavía.

San Martín necesitaba organizar una fuerza militar adecuada, para enfrentarla a las huestes de la tiranía. Según los otros patriotas, el coraje bastaba para seducir a la victoria. El gobierno argentino, cree innecesario el plan previsor sanmartiniano. Teme, mas bien, que la formación de un ejército fuerte, signifique crear oportunidades a las ambiciones personales desatadas; y desconfía de su genio yapeyano táctico. Le sospecha un espía. Escucha las imputaciones absurdas de asesino y de traidor, y piensa en las consecuencias funestas de sus triunfos, sobre la política bonaerense. Para perderlo y anularlo, le ha entregado antes la jefatura de un ejército improvisado de valientes, que ya estaba vencido. Para desprestigiarlo, le ha dado el mando de tropas indisciplinadas y novicias, perseguidas por el infortunio y la derrota. Se ha buscado su ruina y se ha querido su muerte. . . .

Pero, San Martín, genio auténtico, de enorme clarividencia, ha sabido esquivar el lazo impío, y busca el modesto refugio de Mendoza, que se le concede, con alborozo, para alejarle del foco político ambicioso de la capital, donde su mente y su espada pesan formidablemente. Y, en el retiro, realizando milagros, la obra lenta, dolorosa, paciente del ge-

nio, echa la simiente de la Libertad continental, con un ejército decidido, que sus manos adiestran y su mente modela.

Empero, el gobierno bonaerense, a despecho del patriotismo inimitable de su genio máximo, recela todavía. El temor de que sus tropas juramentadas, cuyos rendimientos se conocen ya, sirvan de apoyo a una ambición del gran hombre, propicia la resistencia pasiva a todo auxilio que pudiera requerir el libertador del Sur. Y al general Luzuriaga toca el rol soberano de hacer viable el plan de San Martín, diluyendo la reacción temerosa del Directorio Argentino.

El General Luzuriaga, en la gobernación de Cuyo, es el hombre de confianza del gobierno bonaerense. Es el fiador rotundo del patriotismo incomprendido del gran Capitán de los Andes. Y es, al mismo tiempo, el auxiliar más poderoso y consciente del genio del Sur. En sus manos laboriosas tiene todos los hilos secretos de los pasos andinos, por donde se volcarán los expedicionarios, hacia *Cancha Rayada* y *Maipú*, primero, y hacia *Paracas* y *Huaura*, después.

Está colocado, por sus propios méritos de patriota, entre la autoridad recelosa del Plata, que pretende el oscurecimiento de San Martín, y el gran táctico que se oculta, para crear las huestes de la victoria. Y él sabrá, por convicción indeclinable, conformar a la una y ayudar a la otra, en bien del continente.

Observad, en este instante, la posición cumbrial del prócer ancashino. La fé que se tiene, oficialmente, en su lealtad y bonhomía, no sólo garantiza la creación de la fuerza adecuada sanmartiniana, para la libertad del Perú, sino que se le otorga el homenaje máximo de Jefe supremo de aquel ejército, para el caso doloroso de un eclipse inesperado del Libertador.

Ved, ya, al modesto huaracino, usufructuando la confianza de los patriotas del Plata, como general argentino,

dispuesto subsidiariamente, a traer al terruño inolvidable, el estandarte de la liberación.

¿Quién, de los próceres peruanos, antes y después que él, tuvo tan preponderante rol en la historia de la libertad continental? ¿Quién, por un simple error, por una simple vacilación, o por una natural flaqueza, pudo cruzar y desarticular los planes formidables del Gran Genio del Sur?

Por consiguiente, quién supo mantenerse en la línea difícil de equilibrio, quién aplacó a los adversarios de San Martín, escudando, con su probada lealtad, la realización de la obra emancipadora del continente, fué, ostensiblemente, un hombre de voluntad. De extraordinaria voluntad, oblada en aras del supremo ideal de la época.

A los 39 años de edad, en 1821, Luzuriaga, general de la nación argentina, recibe el Mariscalato de campo, en Chile, y la condecoración de la Legión del Mérito. Y, el 22 de setiembre, en Lima, el Protectorado le entrega el primer bastón de Gran Mariscal del Perú, y la codiciada insignia de la Orden del Sol.

Luzuriaga ha retornado a la patria como la máxima figura peruana de sus días. Trae los más altos grados militares de los pueblos hermanos libertados, y la confianza absoluta del Gran Capitán de los Andes. Viene a demostrar que sus propósitos juveniles de mestizo ancashino, han culminado en la cancelación de las fronteras legales y sociales que separaban a los hombres del Perú, y quiere llevar, a su región andina del Norte, como autoridad Prefectural, su voz de aliento, y la prueba objetiva de su patriotismo ejemplar, para promover la fusión total norteña, por la libertad nacional.

Y, por breve tiempo, hasta que sus servicios sean requeridos en más alta función, Huaraz, acoje, alborozada, el hijo predilecto. En torno al Gran Mariscal ancashino se

reunen todos los sectores sociales del vasto y rico departamento, para jurar la incorporación del Perú al complejo de la cultura latina triunfadora.

Después, Luzuriaga, tendrá dos grandes misiones que cumplir, emanadas de la mente genial de San Martín: pulsar el ambiente, en Guayaquil, y abogar, en Buenos Aires, por la elección de la forma política adecuada a los nuevos estados sudamericanos.

En el Guayas, Luzuriaga comprueba los esfuerzos notorios por suplantar la opinión de la mayoría ciudadana en favor del Perú. Descubre los planes sucrosos para neutralizar a la Junta de Guayaquil; y, posiblemente, sus informes secretos — ignorados todavía — contribuyen a preparar, por parte de San Martín, la célebre entrevista de 1822, con el Libertador del Norte.

En Buenos Aires el problema es más trascendente. Se trata de destacar la mejor forma de gobierno en América, pese a la impreparación democrática general, con el mínimo de consumo energético y el máximo de rendimiento social.

Pero, la repulsión de las masas al sistema monárquico, hábilmente explotada por los democráticos, decidió la lucha ideológica por la forma nueva, atractiva y sugerente. Luzuriaga, que ha sabido luchar contra enemigos descubiertos, siente la repulsa Sanmartiniana por las intrigas políticas, donde se olvida, hasta la dignidad, para comprar el éxito. Y Luzuriaga, viendo declinar la estrella del genio liberal, comprende que el cenit del Santo de la Espada se ha estabilizado ya, en los fastos de la historia, y se retira a la vida mo-

desta y obscura del sembrador, en su estancia de Tontezuelas.

Pero, antes de darse a la tierra, Luzuriaga ha querido sondear el afecto y la gratitud de su patria lejana; de sus hermanos del Perú, quienes necesitan librar la batalla decisiva, para cerrar el ciclo monárquico en el curso de su evolución histórica. Y ofrece su espada, en carta del 3 de noviembre de 1823, desde Buenos Aires, al Generalísimo de las tropas libertadoras.

Desventuradamente, cuando la carta del prócer llega al Perú, en los días turbulentos de 1824, el ánimo del César norteño está predispuesto contra el compañero, en la gobernación de Cuyo, del genio del Sur; y la oferta patriótica de Luzuriaga se pierde en el silencio oficinesco del palacio abascalino.

Después, el primero de julio de 1825, mientras Rodil se resiste, obstinadamente, en el Callao, y los iquichanos mantienen los pendones de Castilla en los riscos de la serrañía, Luzuriaga reclama, del Dictador del Perú, sus derechos a los goces que las leyes le acordaban. Pero, Bolívar, que discutía con embajadores argentinos, en Potosí, sobre los propósitos brasileiros respecto a la Banda Oriental, responde, al pedido de Luzuriaga, con la nota de 12 de noviembre de 1825, suscrita por Felipe Santiago Estenós, al Ministro de Guerra del Perú, en que le dice:

“S. E. el Libertador me manda decir al Consejo de Gobierno, que se sirva ordenar se examine la conducta política observada, en el departamento de Huaylas, por el Gran Mariscal don Toribio de Luzuriaga, para que, si resulta indigna de un honrado funcionario, su nombre sea borrado de la lista militar.”

¿Qué comentario podría merecer la orden del gran Cé-

sar del Perú? ¿Cabe, lógicamente, como proveído administrativo, un decreto negativo, en que se manda estar a lo malo, sin considerar lo bueno?

Allí, en Tontezuelas, su brega con el arado, se torna infructuosa, por la terrorífica lucha entre federales y unitarios, en 1829 y 1830. La paralización de brazos, en el campo, la inseguridad en el trabajo y la miseria que ronda entorno al abismo pasional, en que se debate la nación hermana, encierran al prócer ancashino, en la orfandad y el olvido.

Empero, el hombre de voluntad, que juzga transitorio el mal, resiste heroicamente. Ensayó multitud de actividades, pobremente remuneradas, confiando en la obra del buen sentido, que habrá de abrirse paso, alguna vez, en la conciencia de los políticos platenses. Y, sólo cuando la debilidad orgánica le apremia, advirtiéndole una consunción mortal, el héroe se deshace de sus medallas y condecoraciones, abrevando la hiel infinita de su aislamiento injusto, al cambiar por un pan amargo, los invalorable premios a su procerismo de ayer.

Catorce años la esperanza se prende en el alma noble y valiente del gran Mariscal huaracino. Moviéndose, infatigablemente, cualquiera que sea la remuneración que se le otorgue por su actividad, el prócer se defiende de la desilusión y la desesperanza, engañando su nutrición con un men-drugo. . . .

Cuando añora la patria lejana y piensa en la justicia retributiva, que ha debido alcanzarlo por su acendrado patriotismo, y sabe del espectáculo horrendo de las luchas fratricidas entre Gamarra y Obergoso, Bermúdez, Salaverry, La Fuente y Santa Cruz, prenden, en su alma, el horror y el

espanto; ese mismo horror y ese mismo espanto que San Martín devora en el exilio, que Bolívar confesara en Santa Marta; Sánchez Carrión, en Lurín; Berindoaga, en el patíbulo; La Mar, en Centro América; Sucre, en Berruecos; Riva Agüero, en Trujillo.

Y, cuando aprecia de cerca, en Buenos Aires, el endiosamiento del crimen en torno al gaucho cuaternario, cuya imagen política monstruosa se venera en los altares y recorre las calles, en procesiones, delante del símbolo del Verbo, que el sacerdote porta bajo palio, el héroe siente ya infecundo su afán de vivir. Comprende la náusea de ser; percibe la ignominia de existir, ante la incapacidad de aniquilar el mal. . . .

Si se hubiera concretado la brega, en el campo abierto de una guerra entre enemigos irreconciliables, pero francos y gallardos, Luzuriaga habría retomado la espada, en las filas de la causa buena, para rescatar su sueño, o morir en la demanda. Pero, como se debatían problemas de estercolero, los hombres eran fieras, apostadas en la sombra, con el privilegio de la impunidad y el agravante de la nocturnidad. . . .

El prócer huaracino, descubre así, en su interior, la inutilidad de vivir. Y su afán de acabar, ante tanta vergüenza y ante tanta ignominia, se torna obsesión imponderable. Y un día de mayo de 1842, a los 60 años, el primer Gran Mariscal del Perú, apaga violentamente su existencia, con su último y supremo heroísmo.

No tenemos el derecho de lamentar, como acto sensible de demencia, el suicidio glorioso de Luzuriaga. El prócer ancashino necesitaba agregar, a su inmenso valor como patriota, el nimbo sublime de la muerte voluntaria. Por algo,

la vida quiso que la pureza sólo fulgurase en las altas cumbres, como las nieves perpétuas del Huascarán, donde las furiosas tempestades y “el trueno horrendo, que en fragor revienta”, son simples caricias de hermanos gigantes en la altura....

Luzuriaga, penetrando, con la espontaneidad de los dioses, en las regiones misteriosas del no ser, consigue la vuelta instantánea, a la tierra nativa, que le infundiera la voluntad de libertarla. Su vibración mental, apagado el foco emisor, debió llegar, al hogar modesto de Huaraz o de Chiquián, para reincorporarse, desde las cumbres andinas, como energía renovada de bien, a la mente infinita universal....

J. M. VALEGA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»
